

na. Mantenía siempre dentro de palacio ciento y veinte, y nunca comía el rey sin tener á la mesa alguno de ellos. Era dicho comun que el rey no tenía otros favorecidos que los pobres, los religiosos de santo Domingo y san Francisco. Hubo pocas provincias en su reino, ni aun ciudades en sus estados, donde no fundase enfermerías, hospitales, monasterios, capillas é iglesias colegiales. En París fundó el hospital de los *Trescientos*, donde se mantenían trescientos pobres ciegos, en memoria de los trescientos caballeros de su comitiva, á quienes sacaron los ojos los infieles en la jornada de Oriente. Tenía una exacta lista de todos los mas nobles de cada provincia que padecian necesidad, de todas las viudas y doncellas de distincion que no tenían dote para tomar estado; y lo menos que hacia era socorrerlas para que viviesen con decencia. No alcanzaba su poder adonde llegaba su caridad; no hubo principe que con mas justa razon mereciese el glorioso titulo de padre de su pueblo, y en particular el de padre de los pobres. Llamábanle el Salomon de la cristiandad por la prudencia, por la sabiduria que mostraba en la administracion de la justicia; siendo tan grande su penitencia, su rectitud y su equidad, que llegó á ser el árbitro de todas las diferencias. Mas de una vez le escogieron para terminar las suyas los reyes, los pueblos y aun los mismos papas. Gregorio IX, el Imperador Federico II, Enrique III, rey de Inglaterra, y los barones ingleses no quisieron admitir otro árbitro que á este ángel de paz.

Llegaron á sus compasivos oídos las noticias del lastimoso estado en que se hallaban los cristianos de Levante, y se renovó en su piadoso corazón el zelo y el dolor de ver en poder de los infieles los santos lugares de Jerusalem. Resolvió tomar segunda vez la cruz, y hacer todos sus esfuerzos para arrancarles de

las manos la posesion de la Tierra Santa. No fueron bastantes á disuadirle de este intento, ni las lágrimas de la reina su esposa, ni los ruegos de los principes sus hijos, ni las representaciones y clamores de toda la corte. Persuadióse á que Dios le pedia este sacrificio, y nada bastó para estorbarle aquella expedicion. Tomó la cruz de mano del cardenal de Santa Cecilia, legado de la santa sede; y la hizo tomar á sus tres hijos, Felipe, que era el primogénito, Juan Tristan, conde de Nevers, y Pedro, conde de Alenzon, como á casi todos los grandes señores del reino. Hizo despues su testamento; nombró por regentes del reino al abad de San Dionisio, y al señor de Nesle; dispúsose con muchos ejercicios de devocion, y se embarcó el dia primero de julio del año 1270. Viéndose obligado á ancorar en el puerto de Caller, se volvió á hacer á la vela, y enderezó la proa á Tunez, cuyo rey habia dado muestras de quererse convertir. Hizose el desembarco sin oposicion, porque los sarracenos que guardaban el puerto se retiraron apresuradamente al acercarse la escuadra francesa. Perdióse la esperanza de la conversion del rey de Tunez luego que se supo habia mandado poner en cadenas á todos los cristianos. Pero los excesivos calores del clima, la falta de buena agua, y la corrupcion de los víveres causaron en el ejército una enfermedad tan contagiosa, que todo el campo se llenó de cadáveres. Murieron de los primeros el conde de Nevers, hijo del rey, y el cardenal legado. Sintióse el mismo rey tocado del contagio. Las prontas órdenes que dió para salvar el resto de las tropas dieron bien á entender que no tenia ya presagios, sino noticia cierta de su muerte. Ningun dia dejó de rezar el oficio divino y todas las demás devociones con mayor fervor. Conociendo que le iban faltando las fuerzas, mandó llamar á su hijo Felipe, que habia

de ser su sucesor, y le dió esta admirable instruccion que ya tenia escrita :

« Mi muy caro hijo : El primer consejo que te doy es que ames á Dios con todo tu corazon, y con todas tus fuerzas, porque sin él nada podemos. Has de estar dispuesto á dejarte hacer pedazos antes que ofenderle mortalmente. Si te enviare alguna enfermedad, ó cualquiera otro trabajo, le debes dar muchas gracias, persuadiéndote á que mereces muchos mayores castigos, por haberle servido mal, y por haberle ofendido. Cuando recibieres de su mano algun favor, rindeselas tambien con humildad, y guárdate mucho de engreírte con él; seria gran mal abusar de sus beneficios para ofenderle. Aconséjote que te confieses á menudo, y que escojas confesores de vida ejemplar, para que te instruyan en tus obligaciones. A esos y á tus amigos los has de tratar de manera que estén persuadidos á que con toda libertad y sin el menor rezelo te puedan advertir de tus defectos. Vean tus vasallos que de buena gana asistes en la iglesia á los divinos officios. Está siempre en ella con modestia y con atencion, especialmente mientras se celebra el santo sacrificio de la misa; nunca se te escape en el templo palabra alguna excusada, y sea en él tu respeto un testimonio visible de tu fe. Encárgote que profeses una gran devocion á la santísima Virgen, y que tengas un corazon tierno y liberal con los pobres. Cuando padecieres alguna inquietud, ó te afligiere algun cuidado, si fuere comunicable, descárgale en el seno de tu confesor, ó en el pecho de alguna otra persona discreta y capaz de darte algun alivio en tu pena. Algunas veces has de tener el gusto de trabar pláticas y conversaciones de cosas santas con personas-virtuosas. Nunca sufras que en tu presencia se traten cosas libres, escandalosas, ni de murmuracion; y toda palabra injuriosa á Dios y á los santos castigala severamente. Si Dios te hiciere

la gracia de que llegues á la corona, muéstrate por tus buenas obras digno de la sagrada uncion, que hace á los reyes de Francia los ungidos del Señor; y aplicate sobre todo al ejercicio de aquellas virtudes que son propias de esta elevada dignidad. Reconózcase en tí una entereza y una equidad á toda prueba. Declárate siempre antes en favor del pobre que del rico, y da entera libertad á tus ministros para que hablen contra tus intereses, cuando se trata de hacer justicia. Restituye sin dilacion lo que no fuere tuyo, ó pudieran haber usurpado tus predecesores; considera que en eso se atraviesa la quietud de tu conciencia y el descanso de sus almas. Impide las violencias que se intenten hacer á los eclesiásticos. Ama á los religiosos, hazles bien, y sigue la máxima del rey Felipe mi abuelo, que algunas veces vale mas disimular los excesos de los eclesiásticos, que causar escándalo reprimiéndolos con demasiada violencia. Ama y respeta á la reina tu madre, y oye sus consejos. Estima á tus hermanos, zela sus intereses, pero nunca á expensas de la justicia. Valete de buenos consejos para la distribucion de los beneficios; lo mas acertado es no dar mas á los que ya tienen algunos; siempre te sobrarán vasallos beneméritos, que ninguo hayan recibido, y en estos se deben distribuir los que vacaren. Evita, en cuanto te fuere posible, hacer la guerra á los principes ó señores cristianos. Antes de empeñarte en ella, prueba todos los medios de paz; y el motivo que debes tener presente para esto, ha de ser evitar los innumerables males y pecados que trae consigo la guerra; pero si te hallares precisado á hacerla, sea de modo que no padézcan por el culpado una infinidad de inocentes. Sitia las plazas del que te niega la justicia, ó te hace agravio; pero perdona á sus vasallos en cuanto te sea posible. Emplea toda tu autoridad en impedir la guerra entre tus propios vasallos; no puedes hacer

cosa mas agradable á los ojos de Dios. Procura siempre tener buenos magistrados para que hagan justicia; en todos has de aborrecer lo malo, pero muy particularmente en aquellos en quienes has depositado tu autoridad, y abusan de ella.

« Profesa siempre gran respeto á la Iglesia romana, y al papa, á quien debes venerar como á tu padre espiritual. Estorba en tus estados todos los males que puedes estorbar; sobre todo, los juramentos, las blasfemias, los juegos de envite, la embriaguez y la impureza. Destierra de ellos á los herejes y á los desalmados. Tienes obligacion de restituir á Dios con tu zelo y con tu reconocimiento todos los bienes que recibiste de su liberalidad, honrándote en todas ocasiones de ser siervo de Dios y padre de tu pueblo. No hagas gastos superfluos, ni cargues al vasallo con injustos impuestos; mira que te encomiendo mucho estos dos puntos. Si muero antes que tú, procura que se digan por mí muchas misas y muchas oraciones en todas las comunidades de Francia, y dame parte en todas las buenas obras que hicieres.

« Yo te doy mi bendicion, mi muy caro hijo, y tal cual la puede dar un padre á su hijo á quien amatiernamente, y ruego á nuestro Señor Jesucristo que te conserve y te proteja con su gracia, concediéndote la de que jamás hagas cosa contra su voluntad, para que siempre le honres y le sirvas. La misma gracia le pido para mí, á fin de que ambos juntos podamos alabarle, verle y honrarle por toda la eternidad. Amen. »

Estas instrucciones las escribió el santo rey poco antes de salir de Paris, y en ellas hizo un fiel retrato, y nos dejó un puntual compendio de toda su conducta. Habia comulgado muchas veces durante su enfermedad; pero creciendo cada día la calentura, recibió los últimos sacramentos con tales demostraciones de

devocion, que ninguno de los circunstantes pudo contener las lágrimas. Despues no quiso que le hablasen de otra cosa que de Dios. Nunca mostró semblante mas alegre ni mas sereno, que cuando se iba acercando á la muerte. Mandó que le tendiesen en camisa y cubierto de cilicio sobre un lecho de ceniza, y teniendo un crucifijo arrimado á los labios, espiró tranquilamente el día 25 de agos.o del año 1270, siendo de cincuenta y cinco años y cuatro meses de edad, á los cuarenta y cuatro de su reinado. Así murió con la muerte de los justos uno de los mayores reyes y de los mayores santos que se vieron sobre el trono. Grande por su valor, que le hacia intrépido en los combates; mucho mayor por su cristiana magnanimidad, por la cual se hizo admirar hasta en sus adversidades; siendo ella sola la que puede formar los verdaderos héroes, dignos de la pública veneracion hasta el fin de los siglos. Los huesos del santo rey, despues de descarnados, se colocaron juntamente con su corazon en una caja muy rica. La carne la pidió su hermano Carlos de Anjou, rey de Sicilia, y trasladada á Palermo, la mandó enterrar en la abadia de Montreal. El rey Felipe, despues de ajustada una tregua con el rey de Tunez por espacio de diez años, volvió á Francia, trayendo consigo la preciosa caja en que estaban los huesos y el corazon de su santo padre. No se puede explicar las demostraciones de veneracion y ternura con que fué recibido en Francia este tesoro. Depositóse luego en la iglesia de Nuestra Señora de Paris, y el dia siguiente, que fué 21 de mayo de 1271, fué trasladado á la de San Dionisio con un acompañamiento, que mas parecia triunfo que pompa funeral. El mismo rey Felipe, acompañado de todos los principes de la casa real, de los grandes del reino y de gran número de prelados, quiso llevar el cuerpo del santo sobre sus reales hombros. La multitud de milagros que obró Dios en una

y otra sepultura del santo rey, movió tres años despues al papa Gregorio X á mandar se recibiesen jurídicas informaciones, las que se hallaron mucho mas amplias de lo que era menester; mas por la corta duracion de los nueve pontificados siguientes se suspendió por diez y siete años su canonizacion, que terminó finalmente Bonifacio VIII el año de 1297 con increíble solemnidad y magnificencia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En París, san Luis, confesor, rey de Francia, ilustre por la santidad de su vida y la gloria de sus milagros.

En Roma, san Eusebio, san Ponciano, san Vicente y san Peregrino, mártires, quienes, bajo el emperador Cómodo, fueron primero tendidos en el potro, atormentados en maniotas, y al fin apaleados; y como siempre perseverasen en alabar á Jesucristo, fueron acardenalados con plumadas hasta que espiraron.

En Roma tambien, san Ginés, mártir, que fué de oficio comediante siendo aun pagano. Como se burlase un dia en presencia del emperador Diocleciano de los misterios de los cristianos, se convirtió súbitamente por inspiracion divina, y fué bautizado. Habiendo sido al punto cruelísimamente apaleado de órden del emperador, luego puesto en el ecúleo, desgarrado durante mucho tiempo con uñas de hierro, y quemado con teas encendidas; como se mantuviese siempre firme en la fe de Jesucristo, diciendo: « No hay otro rey que Jesucristo; aun cuando me matárais mil veces por él, no podríais arancarme de la boca ni del corazon; » obtuvo la palma del martirio por medio de la degollacion.

En Talco en España, san Jerónimo, obispo, el cual predicando el Evangelio en aquella provincia en tiem

po de los apóstoles, murió en la cárcel despues de muchísimos trabajos.

En Arlés en Francia, san Ginés, que, teniendo el oficio de escribano, y no queriendo registrar los edictos impíos que ordenaban castigar á los cristianos, yendo hasta arrojar públicamente los registros confesándose al mismo tiempo por cristiano, fué cogido y decapitado, recibiendo la honra del martirio, bautizado en su propia sangre.

En Siria, san Julian, mártir.

En Tarragona, san Magin, mártir.

En Constantinopla, san Meno, obispo.

En Utrecht, san Gregorio, obispo.

En Nápoles, santa Patricia, virgen.

En Agde en Francia, san Severo, abad.

En Limoges, san Yriez, abad.

En Apt, san Marciano, abad.

En Bourdieu en el Berri, san Romazo, confesor.

En Perigord, san Rabier, confesor.

En Leche en el territorio de Otranto, san Gioste, obispo y mártir.

En Roma, el martirio de san Nemeso, diácono, y de su hija santa Lucila.

En este mismo dia, el natalicio de san Félix de Pistoia, presbitero.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:

Deus, qui beatum Ludovicum, confessorem tuum, de terreno regno ad caelestis regni gloriam transtulisti: ejus, quassumus, meritis et intercessione, regis regum Jesu Christi filii tui facias nos esse consortes. Per Dominum...

8.

O Dios, que trasladaste á tu confesor san Luis desde el reino de la tierra á la gloria del cielo; concédenos que por su intercesion y por sus méritos tengamos parte en el reino del rey de los reyes Jesucristo, tu único Hijo. Por nuestro Señor....

31